

en lo religioso, en lo moral y en lo político. Analiza después De los Ríos el fundamento del Poder, concluyendo en la singularidad de la soberanía popular. La tercera y última parte del discurso versa sobre las funciones del Estado, marco en el que se organiza el Poder, que se organizan en tres direcciones, la legislativa, la administrativa y la jurisdiccional. Las conclusiones a que llega Fernando de los Ríos pueden resumirse en estas palabras, sugeridoras y verdaderamente tentadoras: «El valor permanente del demos consiste... en su sensibilidad humana; en su capacidad sentimental para ser solicitado por las grandes cuestiones universales; en su heroísmo y poder de sacrificio; en su vigor para ir hendiendo la historia con esfuerzos a veces ricos en sangre, a fin de eliminar la opresión y gozar de la libertad; en ser el estimulante de toda modificación en la estructura injusta de la organización social; en su poder de intuir los valores más altos, los supremos de la vida moral; su divina emoción liberadora es el hogar transcendente de la historia de que nace el ansia de un bien infinito». La actualidad del discurso de De los Ríos es, pues, más que viva y puede invitar a la reflexión de la situación actual del país. A fin de cuentas, la crisis permanece en el espectro político. Pero, ¿y las soluciones? ¡Ya en 1917 encontramos esta adivinación! ■ FIDEL VILLAR RIBOT.

BUROCRACIA Y REGIMENES POLITICOS

En pulcra edición de la serie «Tesis Alaguara», sección Sociología (cuyo director es don José M.ª Maravall), ha sido puesta a consideración de los estudiosos y del público lector la obra de Víctor Pérez Díaz titulada «Estado, burocracia y sociedad civil», que lleva como subtítulo el de «Discusión crítica, desarrollos y alternativas a la teoría política de Karl Marx».

Desde los primeros revisionistas (Bernstein) hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, cada generación de intelectuales entendió alguna vez estar obligada a preguntarse si las «profecías» de Marx se habían o no cumplido. Tal actitud cayó al fin en descrédito, al haberse

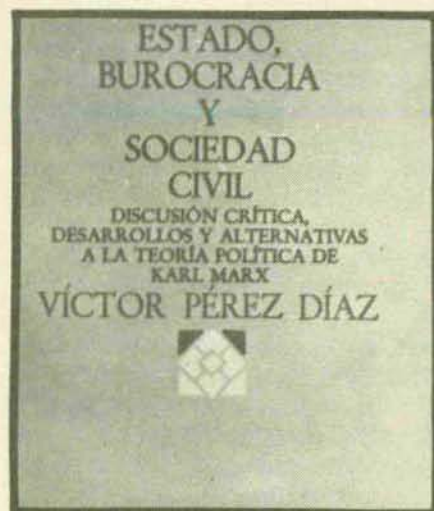
descubierto otras «lecturas» posibles del opus dejado por aquél, aparte de las exposiciones inútilmente dogmáticas o reiterativas.

Pérez Díaz, en el libro que comentamos, hace suya una sugerencia que invita a considerar a Marx como un **clásico**, fuente viva de inspiración para nuestra tarea de comprender y organizar la realidad, cantera fértil de materiales con los que libremente podemos apuntalar nuestro actual proyecto, respetándolos, empero, en aquello que tienen de fecundo, poderoso, fragmentario y genial.

Doctor en Sociología por Harvard, en Derecho y Sociología por Madrid, el autor que nos ocupa es miembro de Institutos internacionales de altos estudios, en el marco de uno de los cuales ha escrito este trabajo, ya aparecido en lengua inglesa. Editado ahora en español, con un nuevo prefacio que deslinda la postura de Pérez Díaz frente al tratamiento sacralista de los textos marxianos como así también frente a su «achicamiento» y revisión para servir a pragmáticas circunstanciales, proclama el propósito de recuperar críticamente temas y orientaciones centrales del Marx joven, contrastándolos con escritos posteriores, con verificaciones históricas y con desarrollos de la ciencia social de hoy.

La burocracia, principal hilo temático que vincula a los cinco densos capítulos de este libro, es concebida por el autor como una variante estructural y como parte de un sistema más amplio; parte que debe ser considerada simultáneamente en sus propias contradicciones internas (conflictos entre diversas burocracias, y entre diferentes jerarquías de alguna de ellas), como asimismo en sus funciones o efectos sobre el sistema social global.

El trabajo se concentra en la teoría política y en la concepción de la burocracia que se encuentran **implícitamente** contenidas en la obra de Marx, procurando desentrañar las tensiones existentes entre sus generalizaciones y sus análisis empíricos. Tal tarea significa construir una teoría nueva, con fragmentos extraídos de Marx y complementados con aportes de otras fuentes, procurando que guarde una coherencia sistemática que la propia teoría política marxista no tuvo. Va de suyo que tal intento no pretende rescatar al «auténtico» Marx frente a otras in-



terpretaciones, ni implica por parte del autor profesión de fe marxista alguna.

La polémica entre «rupturistas» y «continuistas», desatada ante la evidencia de un desfase teórico-conceptual entre el Marx joven y el Marx maduro, es superada o eludida por Pérez Díaz con el argumento de la «metamorfosis» o «mutación», más acorde tal vez con la esencia dialéctica del pensamiento del primero. Las obras de juventud serían un intento de exploración al hilo de ciertas «preguntas clave», cada una de las cuales hubo sido respondida con enfoques parciales coherentes, aunque sin una genuina trabazón teórica global. Sólo la etapa siguiente proveería las investigaciones fundamentales en cuyos crisoles son rotos, quemados y recompuestos tales elementos, a la luz de los hechos. En cambio, los primeros comentarios de Marx sobre el Estado y la burocracia pertenecerían a una fase de exploración.

De ahí que, limitándose a la crítica del fenómeno burocrático en el modo de producción capitalista, el joven Marx concibiera a la burocracia como un sistema de relaciones conflictivas entre jefes y entre sectores de la administración; como campo de despliegue de estrategias particulares de los funcionarios, y de metas corporativas de la burocracia como tal. Más tarde, el centro de su interés se desplazó hacia las relaciones de la burocracia con el Estado y la sociedad. Sin embargo, siempre pareció faltarle una teoría explícita sobre el tema político, en lo cual el autor ve el síntoma de un conflicto intelectual no resuelto dentro del sistema del propio Marx. Es posible que

Marx hubiese tenido que admitir que el conjunto de efectos del Estado (formación superestructural) sobre la sociedad global y su régimen económico resulta mucho más considerable de lo que la congruencia del «materialismo histórico» permite aceptar. Y correlativamente, que los efectos del sistema capitalista (la «estructura») sobre el sistema político son, aunque importantes, **limitados**. También habría podido concluir Marx que las relaciones entre clases, partidos y maquinaria estatal no imponen necesariamente determinadas estrategias (conservadoras, reformistas o revolucionarias), sino que pueden ser comprendidas a partir de posibilidades o variantes estructurales limitadas, que cabría tipificar. Es que en todo momento resalta la ambigüedad de la fórmula que postula la «determinación del sistema superestructural por parte de la economía», fórmula que fluctúa entre la falsedad y la inverificabilidad. No se ataca con ello la «buena fe» de Marx; sólo se señalan previsibles «reservas inconscientes» de las que no cabe suponer que aquél estuviese exento, y que patentizan la presencia de conflictos intrapsíquicos. Este es el sentido en el cual Marx habría rehusado desarrollar una teoría política.

El autor propone su teoría de la sociedad política y de la sociedad civil como **dos sistemas** interactuantes, como la biestructuración de dos subsistemas de relaciones, entre los cuales circulan recursos producidos por ambos, generándose así un **tercer** sistema. Completado todo ello por una teoría sociológica de los sujetos históricos y de sus roles, habríamos llegado a un modelo análogo al que informa la doctrina de la «trímembración» (**Dreigliederung**) enunciada hacia 1918 por Rudolf Steiner, en respuesta a la entonces aún denominada «cuestión social». Ninguno de tales enfoques posee por sí mismo un sentido revolucionario, cuya preservación a cualquier precio parece haberle impedido a Marx la formulación más explícita del modelo antedicho, como asimismo la explicitación crítica de las tendencias autoritarias y burocratizantes ya presentes en las organizaciones de clase dentro de las cuales Marx actuó, combatiéndolas (no siempre) con diatribas verbales, no complementadas en este punto con una teoría política suficientemente desenvuelta.

Por ello, quiere el autor proseguir los desarrollos teóricos marxistas hasta llegar a explicar: a) la relativa autonomía del Estado, tanto en las democracias liberales cuanto en las burocracias autoritarias del tipo bonapartista; b) el mantenimiento del control de dicho Estado por parte de la burguesía, en ambos regímenes. Es lástima que sus exploraciones se detengan allí y no persigan —aunque ello esté indicado en unas finales «sugerencias» para investigaciones ulteriores— esa tarea explicativa también en el contexto de las «democracias populares» y en la sociedad soviética, donde, con los desplazamientos clasistas de cada caso, los rasgos del burocratismo autoritario no han hecho sino acentuarse y diferenciarse aún más nítidamente del plano ideológico y cultural. Sea como fuere, los planteos fundamentales del autor se encuentran «latentes» en la obra de Marx, y no es poco el mérito de haberlos explicitado, criticado, transformado y enriquecido, como en este libro se hizo. ■ **CARLOS HALLER.**

(1) Victor Pérez Díaz. «Estado, burocracia y sociedad civil» (*Discusión crítica, desarrollos y alternativas a la teoría política de Karl Marx*). Ediciones Ataguara. Serie Tesis. Madrid, 1978, 154 páginas.

EL AMANECER DE LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

«Estoy aquí porque soy voluntario y daré, si es preciso, hasta la última gota de mi sangre para salvar la libertad de España, la libertad del mundo entero». Con estas encendidas palabras pronunciaban su juramento todos los que se incorporaban a las Brigadas Internacionales que combatieron en la guerra civil española. Treinta y cinco mil hombres procedentes de cincuenta y tres naciones. Los «Voluntarios de la Libertad», como el pueblo, admirativa y cariñosamente, los llamaban. El libro de Artur London (1) es una extensa y detallada crónica de la actuación de los brigadistas durante la contienda, un relato que pone de manifiesto el señalado papel que jugaron en la defensa de Madrid y en

(1) Artur London, «Se levantaron antes del alba...», Ed. Península. Barcelona, 1978.

las principales campañas de la guerra: el Jarama, Teruel, Balsain, Huesca, Brunete, la batalla de Aragón, la batalla del Ebro...

Los que se levantaron antes del alba venían desde todas las partes del mundo, desde todas las clases sociales; venían muchas veces a morir antes de que se pusiera el sol por la causa de la libertad. Más de cinco mil brigadistas se quedaron para siempre en España cuando el gobierno del doctor Negrín decidió retirar del frente las Brigadas Internacionales. Los voluntarios habían sido «punta de lanza» del ejército republicano. Sus brigadas de élite combatieron en los puestos más duros y en muchas ocasiones cerraron el paso al enemigo. Entre ellas, la brigada Thälmann, la brigada Garibaldi, la brigada Dombrowski, La Marsellesa, brigada Lincoln, etc.

Es una lástima que London renunciara a utilizar la primera persona en su relato a causa de un respetable pudor o bien por evitar el fantasma del personalismo, pues así queda desprovisto del valor subjetivo del testimonio personal y, por otra parte, no ofrece ninguna aportación sustancial a los principales estudios históricos que se han publicado sobre el tema.

Ahora bien, para juzgar este tipo hay que tener en cuenta el «cuándo» y el «por qué»; el tiempo transcurrido desde que se escribió y las motivaciones que impulsaron a su autor a hacerlo.

La obra de Artur London, que hace varios años circulaba clandestinamente en España con el título «Es-

